



El deseo homosexual

Guy Hocquenghem

Barcelona, Melusina, 2009

Trad. Geoffroy Huard de la Marre¹

En 1972, el joven filósofo Guy Hocquenghem (1946-1988) publica un pequeño libro, *El deseo homosexual* –que ahora publica la editorial Melusina en una nueva traducción, pues la anterior de 1974 estaba repleta de errores–, en el cual, bajo la influencia del *L'anti-Oedipe* de Deleuze y Guattari (Paris, Minuit, 1972), arremete contra la represión psico-policiaca a la que está sometida la homosexualidad para reivindicar la “polivocidad del deseo” (23). Este libro surge durante el gran bullicio intelectual de los movimientos izquierdistas del post mayo del 68 y, en particular, del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria.

El libro de Hocquenghem empieza con una frase-martillazo: “Lo que causa el problema no es el deseo homosexual, sino el miedo a la homosexualidad” (21). La cultura del miedo es responsable de la visión heterosexista, por tanto, hay que invertir la cuestión homosexual: no se trata ya tanto de analizar las teorías psicológicas, sino más bien de examinar la homofobia institucionalizada, homofobia que Hocquenghem llama “paranoia anti-homosexual” (27).

El concepto de “homosexualidad” surge con la psiquiatría a finales del siglo XIX. Hocquenghem hace el análisis histórico e ideológico de su fabricación. El deseo ha sido dividido en categorías. Esta división permite clasificar la homosexualidad del lado de la clínica. Esto se debe a la homofobia de la cultura heterosexual y familiarista que ve en la homosexualidad un peligro para la sociedad llamada normal. Para entender cómo funciona la homofobia en la sociedad, el autor propone una historia que va de la psiquiatría a la criminología, pasando por el psicoanálisis. Se trata de una historia de la represión del deseo.

En la modernidad, hay una importancia creciente del psicoanálisis y esta corriente se va a ocupar de clasificar el deseo homosexual. Esta institucionalización de la homofobia mediante el psicoanálisis constituye el punto de arranque desde el cual Hocquenghem va a criticarla.

¹ Prefacio de René Schérer y epílogo de Beatriz Preciado titulado “Terror anal”, en el que la autora vuelve sobre los acontecimientos del movimiento homosexual emergente en aquella época, conocido como Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (1971-1974) y del cual Hocquenghem era uno de los líderes.

El nuevo manto moral psicoanalítico controla el deseo mediante el complejo de Edipo: este complejo interioriza la institución familiar en la conciencia de los individuos. Ya no se usan conceptos teológicos, como “la naturaleza”, o criminológicos, sino conceptos psicoanalíticos, como el narcisismo, la castración y el Edipo, para construir la normalidad en la sociedad capitalista.

¿Cómo escapar de esa violencia normalizadora? Politizando la cuestión homosexual, responde Hocquenghem, analizando la homofobia institucional y saliendo del ámbito privado en el que se ha encerrado el deseo homosexual para sacarlo a la luz del escenario público.

¿Cómo organizar la sociedad de otra forma para salir del reino del Fallo? Con la apología del ano. La sociedad falocrática jerarquiza las relaciones sociales sobre el modelo de los celos y de la competencia; sin embargo, si se organiza la sociedad en torno al ano, se redefinen por completo las relaciones sociales. En vez de desarrollarse de modo piramidal, se presentarán en forma horizontal, de modo que desaparezca la violencia masculina. Simultáneamente, si se cambia el reino del fallo por el del ano, hay que cambiar la sociedad capitalista por una sociedad comunista en la que el deseo recupera su polivocidad.

Hocquenghem retoma la definición del deseo que dieron Deleuze y Guattari en *L'anti-Oedipe*: el deseo no es carencia, como afirma el psicoanálisis, sino producción, producción de flujos ininterrumpidos y polívocos. No le falta nada al deseo. Si le faltase algo, significaría que respondería a alguna Ley (trascendental, divina, etc.). Al afirmar que se trata de una carencia podrá ser controlado mejor y podrá ser interpretado, se le podrá dar algún significado dentro del triángulo edípico. Para el psicoanálisis, “el deseo como fuerza autónoma y polimorfa debe desaparecer” (53), y así el psicoanálisis puede controlar la libido. El deseo no se divide en subcategorías. La categorización del deseo en heterosexual y homosexual es histórica. No es natural. No es *a priori*, sino *a posteriori*. Esto significa que no hay deseo propiamente heterosexual u homosexual. El deseo es polimorfo. Si el deseo no se deja encasillar en categorías distintas, ¿por qué hablar entonces de “homosexualidad”, si no hay deseo propiamente homosexual?

“La homosexualidad es una fabricación del mundo normal” (23). ¿Por qué fabricarla? Para encerrarla y perseguirla mejor, responde Hocquenghem. “La constitución de la homosexualidad como categoría separada va a la par con su represión” (27). Hablar de deseo homosexual es hacer un recorte abstracto del deseo para poner “en la ley lo que está fuera de la ley [edípica]” (23). Es una categoría psico-policiaca que busca integrar en la sociedad familiar reproductiva lo que de por sí está al margen. Es una opresión de la máquina social que limita el deseo a su forma reproductiva y, por tanto, heterosexual. Lo que escapa de esta norma no es válido. De ahí la represión social sobre el deseo homosexual.

Clasificar el deseo en diferentes categorías sólo sirve para señalarlo mejor. Se inventó la homosexualidad para clasificar –y así reprimirlo mejor– lo inclasificable. Existe y no existe al mismo tiempo el deseo homosexual en la

sociedad edípica. Lo que está en el punto de mira de Hocquenghem es el psicoanálisis postfreudiano, y en particular la interpretación estructuralista de Lacan y el falocentrismo que encuentra en ella. A Freud no le reprocha nada, porque es él quien “descubre” que el deseo homosexual es completamente normal, pero al mismo tiempo, a pesar de ese descubrimiento, lo encierra luego en el triángulo edípico, triángulo que se reforzará más todavía con Lacan.

Ya no se trata de la culpabilidad según las leyes, sino de la psicología de la culpabilidad que implica el Edipo. La ley del Falo, o del Padre, significa la sumisión a la ley de la sociedad heterosexual, la sumisión al orden social. Es un instrumento de la sociedad familiar capitalista para organizar la vida social en torno al triángulo edípico: padre-madre-niño, marcado por la prohibición del incesto. El falo del padre, o el “gran Significado” (Lacan) simbólico o imaginario, da sentido, organiza las relaciones sociales, está en el centro del triángulo edípico. Todo lo social se reduce al modelo familiar. Así es como el deseo es reterritorializado. “En el mundo de la sexualidad edipizada ya no hay conexión libre de los órganos entre sí, de relaciones de gozo directo” (71).

Sin embargo, para el psicoanálisis, en el que el único deseo normal es el heterosexual, la homosexualidad también tiene paradójicamente un papel social: la gran función de socialización. Pero no la homosexualidad “practicante” (88), sexualizada, sino la homosexualidad “sublimada”. ¿Por qué reprimir una manifestación del deseo y no otra? Porque si hay represión, o “sublimación” en términos del psicoanálisis, hay socialización.

Si se valoriza la homosexualidad que no se manifiesta, se reprimirá la que quiere manifestarse. Por tanto se sublima el deseo; y si aparece desublimado, se le reprime. Así se institucionaliza el Edipo en la máquina social.

A su vez, el Edipo “representará la interiorización de la institución familiar” (50). Freud descubre el funcionamiento de la libido “como fundamento de la vida afectiva” (50), pero la encadena a la vez a la ley edípica, la privatiza y la limita al nivel familiar. Lo que era producción polívoca e impersonal se hace carencia por la ley de la prohibición del incesto. Así se construye el Edipo. Si al deseo le falta algo, la ley del psicoanálisis, la ley del Falo (o del Padre), podrá controlarlo, le podrá decir lo que se debe desear y lo que no. “Edipo es el único medio de control eficaz de la libido” (55). Por tanto, estamos en una sociedad falocéntrica. Todo gira en torno a la ley del Falo. El “sexo no humano” (50), es decir el flujo impersonal de la libido, deviene el imaginario de las relaciones entre personas en el seno de la familia. El deseo se queda a un nivel interpretativo y no directo. “Siempre tiene que significar algo, hacer referencia a un objeto que tomará sentido en la triangulación edípica” (53). Si la ley del gran significante, el Falo, es el fundamento de la sociedad capitalista, ello significa que esta sociedad está controlada por la dominación masculina, “la del hombre-sujeto sobre la mujer-objeto”, como afirma Schérer en su prefacio (14). Además, el homosexual se fija en el objeto equivocado: el hombre en vez de la mujer, “único objeto sexual social” (53). El deseo ha sido reterritorializado por el psicoanálisis.

¿Cómo evitar esa reterritorialización del deseo por la ley del Fallo? Con la apología del ano, responde Hocquenghem.

El triunfo del Edipo es haber organizado la sociedad en torno al Fallo. El Edipo organiza la sociedad capitalista, puesto que institucionaliza en las conciencias a la familia como modelo social por excelencia y establece la socialización de géneros, en la que el hombre y la mujer tienen un papel especificado según la jerarquía de las relaciones sociales establecidas por el reino del Fallo. Debe prevalecer lo masculino. Esta organización social es al mismo tiempo corporal. El fallo es corporal y social. ¿Qué otra parte del cuerpo podría derrumbar el reino social del fallo? El ano, responde el autor. El ano no es social, sino individual, privado, privatizado. “Si el fallo es esencialmente social, el ano es esencialmente privado” (72).

Hocquenghem establece también una relación entre el capitalismo y la edipización de la homosexualidad por el psicoanálisis. El capitalismo está favorecido por la institución psicoanalítica. A su vez, el ano puede favorecer otro tipo de sociedad, un cierto comunismo.

¿Cómo explicar esta relación entre el ano y el comunismo?

Al poder utilizar el ano, se pueden concebir las relaciones sociales de otra manera. Si el ano ya no es privado, sino que se le abre la puerta del deseo, desaparece la distinción capitalista entre público y privado, individual y social, porque “el deseo homosexual es un deseo de grupo” (88) que permite que los órganos se enchufen entre sí sin reglas ni leyes, psicoanalíticas o capitalistas. Además, como afirma Weeks en su prefacio de 1978 a la traducción inglesa del *Deseo homosexual*² (Durham y Londres, Duke University Press, 1933), si el deseo recupera su estado originario, es decir, en tanto que deseo de grupo, Hocquenghem puede “rechazar la noción individual de homosexualidad como un problema”. Así, el ano recupera su función primaria: la producción y no la privatización. Por tanto, la deprivatización del ano es, como afirma Bill Marshall en *Beyond Gay Identity* (Londres, Pluto Press, 1996), una estrategia contra la edipización de la sociedad.

Pero Hocquenghem no sólo subraya la homofobia institucionalizada, sino también la misoginia. El problema reside en la identificación de la homosexualidad pasiva con la Homosexualidad, y ésta se percibe como una renuncia al fallo; por lo demás, la pasividad se ha asociado siempre a la feminidad. Por lo tanto, si los atributos femeninos que se encuentran en el hombre son menospreciados, nos encontramos en una sociedad que también menosprecia a las mujeres, puesto que lo importante es la preeminencia del fallo. La homosexualidad pone en cuestión la dominación masculina.

Además, la ideología capitalista y psicoanalítica establece una relación entre el comportamiento del sujeto y el objeto del deseo según la regla de lo

² El libro fue traducido por primera vez al inglés en 1978 y reeditado en 1993 gracias a la labor de Eve Kosofsky Sedgwick, que lo cita explícitamente en el prefacio a la segunda edición (1992) de su libro *Between Men. English Literature and Male Homosocial Desire* (1985), pues el libro de Hocquenghem tuvo una influencia considerable en la elaboración de la teoría *queer* en los Estados Unidos.

semejante y lo diferente. La “ideología social da a la sexualidad su forma” (93). Si eres un sujeto poseedor de un falo, desearás a una mujer-objeto para que tu deseo sea pleno. Según este modelo de relaciones entre los comportamientos y la elección del objeto, el homosexual deviene el sustituto de una mujer. En este caso, el homosexual es un invertido por su comportamiento y porque se “equivoca” de objeto. Esa es la concepción heterosexual del mundo homosexual. Así es como llega la interpretación psicoanalítica a culpabilizar a los homosexuales.

Pero detrás de este esquema de interpretación está la realidad del deseo, tal como la podemos encontrar en la forma de ligar de los homosexuales. Basta pensar en los cuartos oscuros para darse cuenta del funcionamiento del deseo. “Las tribulaciones de Törless son las de un deseo polimorfo que desconciertan las señales indicadoras del imaginario culpabilizante” (108). El deseo se muestra (no se interpreta) como una fantástica máquina de producción que se burla “de los nombres y de los sexos” (109). En el deseo polívoco las conexiones no son exclusivas.

Además, desde el punto de vista moral, siempre se han considerado las relaciones homosexuales como desgraciadas, en la medida en que carecen de fin; pero Hocquenghem no lo ve como una desgracia, sino todo lo contrario: es una suerte que muestra que “todo es posible en todo momento, que los órganos se buscan y se enchufan sin conocer la ley de la disyunción exclusiva” (110).